

UN MATRIMONIO DE CANTANTES



#### UN MATRIMONIO DE CANTANTES

¿Cómo no habían de haberse amado? Guapos y célebres los dos, cantando en las mismas obras, viviendo todas las noches, durante cinco actos, la misma vida artificial y apasionada. No se dice uno veinte veces al mes: «¡Te amo!» entre suspiros de flauta y trémolos de violín, sin acabar por dejarse emocionar por la propia voz. A la larga sintieron el amor entre torrentes de armonía, sorpresas

de ritmo, esplendores de trajes y de telones. Llegó á ellos, por la ventana que *Elsa y Lohengrin* abren de par en par una noche vibrante de notas y de resplandores:

«Ven á respirar los embriagadores perfumes..»

Se les metió por entre las blancas columnillas del balcón de los Capuletos, en el cual estuvieron *Romeo y Julieta* hasta el alba en una noche de amor:

«No; todavía no es de día,  
Aún no canta la alondra.»


Y dulcemente sorprendió á *Fausto* y á *Margarita* en aquel rayo de luna que daba desde el banco rústico hasta la ventana del cuartito, rodeada con las enredaderas trepadoras y las ramas de los rosales:

«Deja, deja que contemple tu rostro.»

Bien pronto París entero supo sus amores y se interesó por ellos. Aquella fué

la curiosidad de la temporada. La gente iba á admirar aquellas dos hermosas estrellas que gravitaban dulcemente, una hacia otra, en el cielo musical del teatro de la Opera. Por fin, una noche, después de un llamamiento entusiasta, al caer el telón que separaba la deslumbradora sala donde sonaban frenéticos aplausos, y el escenario, sembrado de ramos de rosas y camelias, por encima de las cuales arrastraba la cola del vestido blanco de *Julieta*, los dos cantantes sintiéronse acometidos por irresistible entusiasmo, como si su amor, un poco ficticio, no esperase para declararse más que la emoción de un gran triunfo. Sus manos se estrecharon, y cambiaron entre sí juramentos consagrados por los lejanos persistentes aplausos del público. Las dos estrellas habían hecho su conjunción.

Después de la boda estuvieron algún



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

tiempo sin dejarse ver en el teatro. Luego, cuando terminó la licencia que la Empresa les concediera, volvieron juntos á la escena. Hasta aquel día, entre aquellos dos cantantes, el hombre había sido el primero. De más edad que su esposa, más conocedor del público, del cual no ignoraba ni los gustos, ni las preferencias, ni las debilidades, arrebatada con su voz á la gente de las butacas y de los palcos. Al lado suyo, la tiple no parecía más que una discípula admirablemente dotada, la promesa de un genio futuro; su voz, demasiado joven, tenía ángulos, lo mismo que sus hombros, un poco flacos y huesudos. Así es que cuando volvieron á la escena, cuando se presentó ella á cantar las mismas partituras que otras veces, y cuando el sonido lleno, rico, admirable de las primeras notas, se escapó de sus labios, abundante y puro como agua de manantial, hubo en el público un movimiento de admiración tan grande, que todo el interés de la noche se concentró en torno de ella. Fué para la joven uno de esos días felicísimos en que la atmósfera que nos rodea se hace límpida, lige-

ra, vibrante, para dejar que lleguen hasta nosotros todos los rayos, todas las adulaciones del éxito. Al marido casi se olvidaron de aplaudirle; y como todos los resplandores producen cierta sombra en derredor, hallóse relegado, como si fuera un comparsa, al más oscuro rincón de la escena.

Después de todo, aquel amor que se había revelado en la acción escénica de la cantante, su voz encantadora y tierna, estaban inspiradas por él. Sólo él daba brillo á sus hermosos ojos, y esa idea debió enorgullecerle; pero la vanidad del artista pudo más, fué más fuerte. Al concluir la función llamó al jefe de los alabarderos y le puso las orejas coloradas. Habían dejado pasar inadvertidas sus salidas, sus entradas, y olvidado llamarle al final del tercer acto. Se quejaría al director...

¡Ay! Por más que dijo y por más que los alabarderos hicieron, el favor del público, conquistado por su mujer, fué definitivamente para ésta. Tuvo en ventaja suya la elección afortunada de obras, apropiadas á su talento, á su belleza, en

las cuales se presentaba ella con la tranquilidad y aplomo de una mujer de la buena sociedad, que entra en un baile, bien vestida con traje del color que le sentaba á las mil maravillas, y segura de una ovación.

A cada nuevo triunfo el marido se mostraba triste, nervioso, irascible. Aquello, aquel estar en boga que se alejaba de él, amenazando no volver nunca, le producía el efecto de un robo. Durante mucho tiempo procuró ocultar á todo el mundo, y especialmente á su mujer, aquel sufrimiento inexplicable; pero una noche, al subir ella la escalera de su cuarto con la falda cogida con las dos manos y llena de ramos, y que, sin pensar más que en su triunfo, le decía á su marido con voz todavía emocionada por los aplausos: «Hemos tenido muy buena entrada esta noche;» él le contestó con un «¿Crees tú?...» tan irónico, tan amargo, que el alma de la joven se abrió súbitamente á la verdad.

¡Su marido tenía celos! No los celos de un enamorado que quiere que la belleza de su mujer sea para él solo, sino celos

de artista, fríos, feroces, implacables. Algunas veces, cuando acababa un aria, y los bravos multiplicados se dirigían á ella, él fingía una fisonomía impasible, distraída, y su mirada parecía decir á los espectadores: «Cuando acabéis de aplaudir, cantaré yo.»

¡Oh! Los aplausos, ese estrépito de granizada que tiene tan dulce resonancia en los pasillos, en la sala, en los bastidores, cuando una vez los ha recibido un artista, no sabe pasarse sin ellos. Los grandes comediantes no mueren ni de enfermedad ni de vejez; dejan de existir cuando ya no les aplauden. Aquel artista, al ver la indiferencia del público, fué acometido de una verdadera desesperación. Adelgazaba, se le veía huraño, malvado. Por más que se hacía reflexiones, por más que miraba cara á cara su incurable dolencia, por más que se decía que la que iba á salir á escena: «¡Era su mujer... y la adoraba!...»

Ante los fingimientos del teatro, desaparecía en seguida el verdadero sentimiento. Todavía amaba á la mujer, pero detestaba á la cantante. Ella lo compren-

día perfectamente, y de igual suerte que se cuida á un enfermo, vigilaba aquella triste manía. Primero pensó en hacer que disminuyesen sus éxitos, disimulando sus facultades, no haciendo todo lo que podía; pero sus resoluciones, lo mismo que las del marido, no resistían la influencia de las tablas. Su talento iba, casi sin ella quererlo, más allá de su voluntad. Entonces discurrió humillarse, empequeñecerse ante él. Le pedía consejos, le preguntaba si la había encontrado bien, si le parecía que había comprendido bien el papel...

Naturalmente, el otro no estaba nunca satisfecho. Con ese aire bonachón, ese tono de falso compañerismo que los artistas usan entre sí, le decía las noches en que mayor éxito había tenido:

«Ten cuidado, hija mía... ahora no estás bien... no progresas.»

Otras veces quería impedirle que cantase.

«¡Cuidado!... Mira que te prodigas... trabajas demasiado... No vayas á quedarte sin voz... ¿Sabes que debías de pedir una licencia?»

Descendía hasta á las más estúpidas protestas. Decíale que estaba resfriada, que no estaba en voz, ó bien le armaba camorra asegurándole que había entrado demasiado tarde al final del dúo... que había matado sus efectos... que aquello lo hacía á propósito.

¡Sin advertir el infeliz que era él quien la perjudicaba precipitando las réplicas para arrebatarle los aplausos, y que, en su deseo de reconquistar el favor del público, cantaba como si estuviese solo, relegando á su mujer á segundo término! Ella no se quejaba, porque le quería mucho. Además, los triunfos hacen indulgentes á las personas, y todas las noches el éxito la sacaba de la sombra en que procuraba disimularse, y la hacía reaparecer gloriosamente en plena luz. En el teatro no tardaron en echar de ver aquel caso singular de envidia, y los compañeros se divertían con él. Anonadaban al artista dándole todo género de enhorabuenas por el talento de su mujer. Hacíanle leer el artículo de periódico, en el cual, después de dedicar cuatro columnas á la estrella, se dignaban consagrar

cuatro líneas á la crítica del marido. Un día, al acabar de leer uno de esos artículos, entró en el cuarto de su mujer, furioso, con el periódico en la mano, y le dijo lívido de rabia:

—«¿Ha sido tu amante este hombre?»

Hasta ese extremo llegaba en sus injurias. Así es que la pobre muchacha, festejada, envidiada, cuyo nombre, siempre en el cartel, se leía en todos los rincones de París, y era hasta acaparado por los comerciantes como reclamo, porque le ponían en las menudas y doradas etiquetas de los confiteros, de los perfumistas, llevaba la vida más triste, más humillada que darse puede. No se atrevía ni á abrir un periódico, temerosa de leer su elogio; lloraba sobre las flores que le arrojaban á la escena, las cuales dejaba marchitarse en un rincón de su camarín para no perpetuar en su casa el recuerdo cruel de los triunfos ruidosos. Quiso retirarse del teatro, pero su marido se opuso:

«Dirán que yo te he obligado á dejar la escena.»

Y aquel horrible suplicio continuó para los dos.

Cierta noche de estreno la cantante iba á salir á escena. Alguien le dijo: «Tenga usted cuidado... porque en el público hay un complot contra usted.» Aquello le hizo



reír. ¿Un complot contra ella? ¿Y por qué? ¡Si ella no tenía más que simpatías y vivía fuera de toda *coterie*! Sin embargo, era verdad. En medio del acto, en un dúo magnífico con su marido, en el momento